de ciertos hombres, para no caer en las ilusiones de muchos que las juzgan llovidas del cielo. Mella sabe que el hombre viene; pero se guarda de pronunciar su nombre en público. Tiene fe en la Providencia, mas no en que tal ó cual hombre sea el enviado de la Providencia. Si la tuviera, Mella cometería una falta grave al omitir tan de intento el nombre en sus discursos, que sólo para su vanagloria servirían si no sirviesen para confirmar la verdad ó deshacer el error acerca de un punto en torno del que tanto gira.

Mella cree en el hombre; pero ¿quién es el hombre en opinión de Mella? Hubo tiempo en que este eminente orador aspiraba á ser general, ó por lo menos á iniciar algún movimiento poniéndose al frente de alguna partida, cosa que de su propia boca saben muchos y que probó hasta la evidencia el plan de levantamiento establecido por él con Soliva y otros. Luego Mella tenía fe en el hombre que ha de venir...

No tenemos nosotros tanta en sus facultades militares. En cuanto á otras, voz común es en Cataluña que Mella es hombre de mucha palabra y de no tanta acción; ingenio prodigioso y voluntad flaca; en fin, un eminente indolente, que es el mal de muchas eminencias del día. Pues los discursos son hoy como los truenos sin agua; mucho ruido y ningún fruto; y ese es, ni más ni menos, el fruto cosehado por Mella de sus grandes discursos en Cataluña, á no ser un pequeño aumento en las listas de *El Correo Catalán*, procedente de carlistas desengañados, y vueltos á engañar, no por Mella, sino por los *suscripcioneros*, con ocasión de Mella. Y el que lo dude, indáguelo en Cataluña y sabrá que decimos mucha verdad.

Pero, en fin, aunque hoy son menester hombres de acción, de voluntad, de energía, y no sólo hombres de inteligencia y de palabra, á Mella nadie le quita su mérito de orador extraordinario. Nosotros no le hemos escatimado nunca los elogios, testigo *Luz Católica*.

Sin embargo. conocemos á Mella bien, muy bien, y de ahí es que jamás pudimos resolvernos á enviarle ni un solo número de aquellos en que tanto le defendimos y alabamos. Decíamos lo que nos inspibaba nuestro amor á la justicia, sin cuidarnos para nada de ser gratos á la persona. Lo mismo hicimos con el Marqués de Cerralbo y otros.

Nos desviábamos del tema. Volvamos á preguntar: ¿quién es el hombre en opinión de Mella? No creemos que él mismo se tenga por el hombre de las profecías, aunque tanto lo puede ser él como otro; mas ya hay quien le ha tomado por tal, y es un órgano del carlismo oficial ese que niega toda profecía si la publicamos nosotros y la acoge y destroza con gran celo cuando puede traerla por los cabellos en bien de casa. He aquí lo que decía *El Combate* á 11 de Julio del corriente año 1903:

«Registrando hace algunos años las obras, datos y apuntes de un hombre que adquirió celebridad europea, que pasó por el mundo circundado con la aureola de taumaturgo y que se llamaba á sí mismo el ángel del Apocalipsis, encontramos felizmente un texto interesantísimo, que encierra una profecía acerca de la salvación de España.

Ese texto es un vaticinio de S. Vicente Ferrer, texto que está esperando un hecho para interpretarle conforme á la intención del vidente y á la más rigurosa exactitud histórica. Dice así:

«Y TÚ, BARCELONA, ÁNDATE CON CUIDADO EN EL COMER, EN EL VESTIR, HASTA TOMAR UNA DETERMINACIÓN. TU PRÍNCIPE ¡AY, AY! HABRÁ UNA SEÑAL Y LOS HOMBRES NO LA CONOCERÁN».

Según el texto, Barcelona ha de dar el santo y seña para la gran restauración. El príncipe pasará, al fin, por una serie de males expresados por las palabras ¡ay, ay! reveladoras, en el lenguaje profético, de graves é inminentes descalabros. En Barcelona, pues, aparecerá la señal que no han de conocer los hombres, esto es, á que no han dar importancia, porque pasará á los ojos de los enemigos de la Religón y del Trono como un suceso ordinario y sin trascendecia. . . . .

. . . .

El autor de estas líneas ha creído entrever la probable relación que intercede entre el anuncio profético de S. Vicente

Ferrer y el oportuno y elocuenre llamamiento que Barcelona ha escuchado de labios de un hombre, que, acaso, viva en la escasez, despreciando las solicitaciones de una posición brillante, y que con voz autorizada, como la del genio, cubierto con la aureola de una grandeza moral, ha revelado con tono apocalíptico la proximidad de la catástrofe, dando la señal de alarma que hará resonar bien pronto en todas las regiones españolas.

Cierto que Barcelona no ha tomado todavía la determinación vaticinada por S. Vicente, que la cuestión económica y foral no son más que preliminares y pasos con que debe andar cautelosa en el *comer y en el vestir,* pero no es menos cierto que esas vueltas y revueltas que lleva la cuestión catalana, pasarán al fin á convertirse en *una gran determinación.*

En ese sentido, la cuestión catalana es un problena, si las calles de Barcelona son todos los días el teatro de grandes luchas por *el comer y por el vestir;* si nadie ignora que con tantos trojes de rencores hacinados y con el calor de las disputas puede saltar la chispa, y que por otra parte, un *¡ay!* á manera de fatídico conjuro ondula en derredor de las instituciones, ¿será inverosimil, ante el criterio cristiano, ante la idea de la Providencia, que la señal de la restauración haya aparecido ya y que el insigne Mella, cuyo viaje á Barcelona, más bien que por voluntad propia, ha sido porque Dios lo ha ordenado así, sea el hombre destinado de un modo inconsciente á revelar la señal precursora de la restauración y que, según ha prometido, visitará las regiones de la Península?

Si así es, el triunfo está cerca y será ineludible porque es un anuncio del cielo; si no es así, redoblemos las energías para recorrer, á paso acelerado, la distancia que nos separa de la *gran determinación*».

¡Cuán poca aprensión y cuánta pedantería hay en estos párrafos!

Maltrátase aquí la profecía, truncándola y falsificándola como cualquier profano entremetido pudiera hacer: compárese con el texto fiel que hemos puesto en el capítulo I, art. III; y por si fuera poco, no pasa de decir en deshonor del Profeta, que «*se llamaba á sí mismo* Angel del Apocalipsis», cosa que no suena muy bien que digamos. La Iglesia misma le da ese título que él tomó por orden del cielo, confirmándolo con uno de los mayores milagros.

Dice también que halló la profecía «registrando las

obras» de San Vicente, y respondemos que no se halla tal profecía en sus obras, por lo menos en la edición latina de Augsburgo (1729) que nosotros poseemos. Sin embargo, nos causa mucha alegría el ver esta profecía admitida por el carlismo oficial: ya no podrá rechazarla en adelante. Aténgase, pues, á ella, y los sucesos le dirán pronto que el Carlos de tanta fe á quien ella alude es un Carlos desconocido aún en cuanto tal. La *señal* que anuncia está muy lejos de ser la soñada por *El Combate*, aunque ya se dió en parte y no ha sido conocida; y la gran determinación es muy otra de la que el colega afirma; y en fin, yerra en todo, de la cruz á la fecha.

¿Me pide pruebas? Tómese tantas como él da: cero. Dígole, sí, que de aquí á poco no hay mucho, y que Dios le pague el beneficio que hace á los carlistas con adoptar profecías de que los más de ellos reniegan.

A todo esto, queda Mella convertido en hombre anunciado por los Profetas hace quinientos años; pero no conocemos aún su opinión respecto de la personalidad del Gran Monarca. Vamos á descubrirla; y en prueba de la verdad de nuestra revelación, no invocaremos el testimonio de los que en varios lugares y ocasiones han oído lo que sobre esto dice Mella, sino el testimonio de los Reverendos PP. Benedictinos de Monserrat, en donde se dijo lo que se va á leer.

Háblase de política, de religión, de muchas cosas, y por fin, del Gran Monarca.

MELLA.—¿Quién opinan ustedes que es el Gran Monarca?

UN MONJE.—D. Carlos de Borbón; ¿quién ha de ser?

OTROS.—Conformes: no puede ser otro.

MELLA.—Están ustedes equivocados, puesto que el Gran Monarca debe ser sacerdote, perseguido, etc.

LOS PP.—¿Sacerdote?

MELLA, con socarronería.—Pues, sí, sacerdote, y

ese sacerdote es el P. José Domingo María Corbató, que para probar su misión publica una revista.

Uno.—¿Ha leído V. alguna vez esa revista, que ya no se publica como V. supone?

Mella.—No señor; pero me han dicho algo.

El uno.—Pues yo la he leído y veo que la burla de V. es injusta.

Nosotros.—Más injusta es la ingratitud del señor Mella con nosotros; pero de todos modos, le damos de buen grado nuestro permiso para que, respecto de nosotros, falle en lo que no leyó nunca; y si le parece poco, se lo damos también para que pida un lugar en el número de los antediluvianos que se burlaban de Noé.

En medio de todo, resulta una nota que nos conviene señalar, y es que en la conciencia de los carlistas se mantiene la fe en el Gran Monarca, por mucho que lo nieguen cuando les parece oportuno. Por lo demás, muy poca cosa nos ha de parecer la burla del Sr. Mella, para tomársela en cuenta, cuando estamos acostumbrados á que algún periódico del carlismo oficial trate de deshonrarnos con calumnias en todo género de lujurias expresadas con toda la desvergüenza del lenguaje de lupanar, y hasta anuncien el casamiento del P. Corbató-Gran Monarca con una señorita, cuyo nombre y señas dan y cuya mano dicen que él pidió hace ya mucho tiempo.

Es más; si pidiéramos justicia, en presidio estaría uno de esos descarados calumniadores, que de acuerdo con ellos osó imitar nuestra forma de letra y usurpar nuestra firma y rúbrica en una carta dirigida por él al director de un periódico, amigo nuestro, á quien invitaba al casamiento que íbamos á celebrar, en cuanto Gran Monarca, con la misma señorita, cuyo nombre, apellidos y señas expresaba. ¡Cuánto repugna tener que dar cuenta de estas cosas!

Esos son los argumentos que se nos oponen; y

cuando no, declárannos loco, visionario ó maniático, y quédanse tan frescos como si hubieran puesto en juego toda la lógica de Aristóteles, y sin pasar por el confesionario se van á comulgar ó tal vez á celebrar misa. Decimos lo que sabemos.

Búrlense, calumnien, rabien y pataleen, que nosotros no hemos de cejar. Ellos creen en el Gran Monarca por más que finjan; sólo que el Gran Monarca ha de ser D. Carlos, de tal modo, que ni Dios puede nombrar otro.

No dirán esa blasfemia expresa; pero implícita la dicen á cada paso. Y nosotros no negamos que Don Carlos puede ser el hombre; pero nos atenemos á los Profetas y á algo más que sabemos y no revelaremos mientras no sea hora. Todo lo que *por ahora* podamos decir, dicho será en la obra *Revelación de un Secreto.*

III

Nuestro candidato.

Falta un hombre.

No nos damos por satisfechos con los testimonios alegados acerca de *el hombre que se necesita*. Millares pudiéramos añadir; pero añadiremos sólo dos ó tres por brevedad.

El Correo Español, que un día llegó á clamar por la venida aunque fuese de un monje, de un Pedro el Ermitaño, para que nos salvase, muchas veces ha repetido en sustancia la misma idea. A 22 de Abril último, decía:

«Queremos llamar la atención sobre un hecho tan evidente y notorio, que no habrá nadie que lo ponga en duda: sobre el hecho de que no hay español, pertenezca á la izquierda ó la derecha, sea republicano ó dinástico, que deje de cifrar sus esperanzas en un hombre.

De ello tenemos pruebas todos los días. Basta que monte á caballo quien en buena cuenta no tiene otro destino que el de cabalgar sobre la lista civil para que se echen á vuelo las campanas dinásticas; basta que Canalejas haga un alto en el camino de sus mariposeos y dé señales de no haber perdido del todo el carácter y las convicciones para que se le mire, aun lamentando sus extravíos y sus errores, con respetuosa simpatía; basta que Salmerón, aun perpetrando una arbitrariedad, demuestre que quiere, no ya reinar, sino gobernar también á los republicanos, é imponerles su criterio, aunque sea empleando la camisa de fuerza ó el garrote del loquero, para que sus revolucionarios amigos exclamen: ¡Ese es el hombre!

Y el secreto de la acogida benévola y aun de la simpatía que despertó el advenimiento de los conservadores, no fué debido á otra cosa que á la creencia, bien errónea por cierto, de que en el Gabinete que formaron había, por lo menos, un hombre, un carácter, una voluntad, Maura: y *el secreto de las*

desilusiones, la causa del rápido descrédito de ese y de otros ministros, no ha sido otra que la de haber visto todos, aun los más ciegos, que los que diputaron por «hombres», por caracteres enérgicos y varoniles, por personas de convicciones y de voluntad, eran grandes retóricos y grandes sofistas.

Sí, seguimos todos, blancos y negros, suspirando por un hombre, ansiando el advenimiento ó el triunfo de un hombre. Es que, pese á todos los profetas de desgracias y á todos los que entienden que el mal se halla en la médula, en el país, en el pueblo mismo, en la masa gobernada, y no, como creemos nosotros, en la misérrima clase gobernante, es general la convicción de que para regenerarnos y fortalecernos bastaría el propósito firme y la voluntad decidida, no de un hombre sabio, sino de un hombre de bien colocado en las alturas, y que, ó nos salvaremos así, ó no nos salvaremos de ninguna manera.

Nosotros abrigamos esta convicción, y estamos seguros de que la hemos de ver realizada. La aspiración del pueblo es unánime; más pronto ó más tarde veremos al «hombre» que esperamos en las alturas del Poder, y entonces se iniciará el camino de nuestra redención. Estamos á oscuras y andando á tientas; la luz se hará; pero vendrá como siempre, de arriba».

No diríamos más nosotros. En verdad, nunca las naciones se han salvado sin la dirección de una persona moral ó física, enemiga de partidos y camarillas. Cuando el destrozo haga surgir esa persona y enarbole ella la bandera de Cristo, todos los buenos le aclamarán. Rey, general ó simple caudillo, poco importa con tal que aparezca; mas aun que fuera Rey, siendo un Rey según el corazón de Dios, ni los integristas, ni los buenos carlistas, ni ningún buen católico y español dejaría de aclamarle, fuese quien fuese este Rey.

Y para que vean nuestros lectores, si por ventura no está bastante expresado, qué cualidades pedimos á nuestro candidato, vamos á copiar lo siguiente del mismo periódico carlista, y de otro, subscribiendo:

«La Iglesia, hoy tan calumniada y perseguida, coronaba por decirlo así, la imponente grandiosidad del suceso (coronación del rey), ungiendo al monarca y bendiciéndole para demostrar al pueblo que su potestad venía de Dios. Es digna de recordarse, tomándola del *Pontifical Romano*, *De benedictione et coronatione regis*, la fórmula que empleaba en tan her-

mosa ceremonia; y ella sola basta para discenir la clase de alianza que podía hacer con el despotismo, una de las acusaciones más vulgares de sus detractores. Dice así el ritual:

«Lo que hay de más augusto entre los mortales es la dignidad real; pero está llena de peligros, de fatigas y de solicitud. Toda potestad procede de Dios, por quien los reyes reinan y por quien los legisladores definen el derecho; por consiguiente, tendréis que dar cuenta á Dios del rebaño que se os confía. Ante todo, debéis tener piedad y servir á Dios vuestro Señor con toda vuestra alma y con un corazón puro. Debéis confesar en su integridad y hasta el fin, y defender con todas vuestras fuerzas contra sus enemigos á la Religión cristiana y á la fe católica, que habéis conocido desde vuestra infancia.

»Mantened con firmeza para todo el mundo la justicia, sin la que ninguna sociedad puede durar, y distribuid á los buenos la recompensa y á los malos el castigo á que se hayan hecho acreedores. Protejed á las viudas y á los huérfanos, á los pobres y á los débiles contra toda opresión. Mostraos benigno, dulce y afable, como conviene á vuestra dignidad real, con los que desean acercarse á vos. Desempeñad de tal modo vuestro cargo, que se vea que *gobernáis*, no por interés propio, sino por el de todo el pueblo, y esperad la recompensa de vuestras buenas obras, no en la tierra, sino en el Cielo».—*(El Correo Español,* 12 de Noviembre de 1901).

«Queremos Rey y Rey legítimo, dice otro periódico carlista. Y le queremos porque lo es por nombramiento expreso de nuestras Constituciones. No somos fanáticos de un hombre; lo somos, empero, de la ley. Y á este rey legítimo que las leyes llaman, y el pueblo quiere, querémosle más bien administrador que autócrata voluntarioso; querémosle, como dicen las memorias de Carlos VII, criado de la Patria, súbdito de la Ley é hijo obediente de la Iglesia y de Dios. Queremos un Rey cristianamente demócrata, que señale la Historia con el nombre de *Padre de los Pobres y Rey de los obreros;* queremos, en fin, que el Rey cumpla la voluntad nacional, libremente manifestada en Cortes modelo y que, aun en lo menos importante, haya de pedir Consejo á varones sabios y justos»—*(El Cañón*, 19 de Octubre de 1901).

«Faltos de fe, pero con sobra de sagacidad y maña y guiados sólo por la adulación para encumbrarse, engañan á sus jefes y á su Rey. Sumiendo á la comunión en los fangos de la esterilidad y de las discordias, quieren más bien un Rey César qne un Rey católico y una monarquía veramente tradicional, en la cual el Rey tiene deberes que cumplir para con las regiones y éstas con el Rey; no al monarca que soñó el

insigne Aparisi y Guijarro, sino al Rey juguete de sus caprichos y despotismos; no el estandarte que recogiera Pelayo de la rota del Guadalete y alzara airado, con su potente brazo, en los riscos de Covadonga, fiando en Dios y en la Santa Virgen; empuñándolo en aquella lucha que acabará, al entrar triunfantes Isabel y Fernando en la Alhambra de Granada; sino al estandarte de las personas, y siempre y sólo de las personas».—*(El Cañón*, 16 de Noviembre de 1901).

Aquel es el príncipe de que España necesita; el contrario del que los «carlistas oficiales» quieren: sólo un príncipe que reuna aquellas cualidades puede humanamente salvarnos, y sólo él nos salvará en nombre de Cristo».

El ejército de la Cruz á los modernos corintios.

(Pasajes del Apóstol que no sólo deben ser leídos, sino meditados, fijando mucho la atención en algunas frases).

«No sentenciéis prematuramente; esperad que venga el Señor, el cual sacará á plena luz lo que está envuelto en tinieblas y descubrirá las intenciones íntimas, y entonces cada uno recibirá de Dios su premio...

«No os entonéis uno contra otro á favor de un tercero, dándole más atribuciones de las que están escritas; porque, ¿quién es el que te hace sobresalir entre los otros? ¿qué tienes que no hayas recibido de Dios? Y si todo lo bueno que tienes recibiste, ¿de qué te jactas como si no lo hubieses recibido? Ya estáis satisfechos, ya sois ricos; reináis sin nosotros, y plegue á Dios que, en efecto, reinéis para que así nosotros reinemos también con vosotros.

«Sin embargo, tengo para mí que Dios nos trata, á nosotros sus apóstoles, como á hombres los más viles, como á condenados á muerte, haciéndonos servir de espectáculo al mundo, á los ángeles y á los hombres. Así es que nosotros pasamos por necios, por amor de Cristo, y vosotros por prudentes en Cristo;

nosotros por flacos, vosotros por fuertes; vosotros sois honrados, nosotros viles y despreciados.

«Hasta la hora presente hemos venido sufriendo hambre, sed, desnudez, malos tratamientos, y no tenemos donde fijar nuestro domicilio. Y nos afanamos trabajando con nuestras propias manos; y nos maldicen, y nosotros bendecimos; y nos persiguen, y sufrimos con paciencia la persecución; y se blasfema de nosotros, y oramos; somos, en fin, tratados como hez del mundo, como la escoria de todos.

«No os escribo estas cosas porque quiera sonrojaros, sino que os amonesto como á hijos míos muy queridos; porque aun cuando tengáis diez mil pedagogos en Jesucristo, no tenéis muchos padres». (*I cor., IV, 5-15*).

«Por lo cual, teniendo esta misión que la divina misericordia nos ha confiado, no decaemos de ánimo, antes bien ninguna cuenta hacemos de las ocultas infamias de los falsos hermanos; no procediendo con artificio ni alterando la palabra de Dios, sino recomendándonos nosotros mismos, por la manifestación de la verdad, á las conciencias de todos aquellos que amen á Dios.

«Así, pues, si nuestro evangelio está todavía cubierto de obscuridad, lo está solamente para los que se pierden, para esos incrédulos cuyos entendimientos ha cegado el dios de este siglo, á fin de que no sean alumbrados por la luz de la predicación de la gloria de Cristo, que es Imagen de Dios.

«No nos predicamos á nosotros mismos, sino que predicamos á Jesucristo Señor nuestro, poniéndonos á vuestro servicio por su amor. Porque el mismo Dios que mandó á las tinieblas producir la luz, ha hecho brillar su claridad en nuestros corazones para que propaguemos la ciencia de la divina verdad, según resplandece en Jesucristo.

«Mas somos pecadores, llevamos este gran tesoro

en vasos de barro, por donde se ve que la grandeza de nuestras obras es de Dios y no nuestra. Nos acosa toda suerte de tribulaciones, mas no por eso desfallecemos; nos cercan grandes apuros, mas en todos somos auxiliados; somos perseguidos, mas no desamparados; somos abatidos, mas no perecemos; llevando siempre la mortificación de Jesús en nuestros cuerpos, para que hasta en ellos se manifieste la vida de Jesús. Porque nosotros, los que vivimos verdadera vida, nos ofrecemos contínuamente á la muerte por Jesús, para que la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal...

«Por lo cual no desmayamos, antes bien, aunque el hombre exterior decaiga, el interior se rejuvenece cada día; porque las aflicciones tan breves y tan ligeras de la vida presente nos producen el eterno peso de una sublime é incomparable gloria, y así no ponemos nosotros la mira en las cosas visibles, sino en las invisibles, pues las que se ven son transitorias y las que no se ven son eternas». *(II Cor., IV. 1-18).*

(*Luz Católica,* núm. 63=12 Diciembre 1901).

IV

Epifanistas y Macabeos.

A la muerte por la Causa.

Estamos dando un grave escándalo de discordia, cuando la unión se va haciendo más necesaria. ¿Soy yo quien doy el escándalo? ¿Son mis amigos vidriosos? Por los frutos se conoce el árbol: mírense las obras de cada uno... Si mi pasado no basta, *esperad un cercano porvenir, y veréis desde el seno de vuestra paz comodona á qué nuevas y grandes tribulaciones me sujeta mi amor á la Religión, á España y al Rey que España necesita.*

Por los frutos, sí; mírense las obras de cada uno... ¿Cúyas son las mejores al presente? Fácil es averiguarlo, si todos buscamos la verdad como decimos. Yo he pedido pública y solemnemente á la Reina celestial de las Españas que interceda para que Dios me quite la vida, si con esta mi tenacidad de juicio soy perjudicial á la Causa de las Tradiciones católicas y españolas.

En verdad, esto que hago no es sacrificio, porque llega á perder todo apego á la vida quien, como yo, ha visto convertir por altos y por bajos sus desgracias en pecados, sus ignorancias en malicias, sus luces en traiciones, su amor á la verdad en motivo de grandes calumnias, y ha padecido y padece lo que Dios quiera no padezcan jamás los *amigos* esos que así me tratan.

De todas suertes, ofrecida está mi vida: ofrézcanla también esos que se escandalizan de mí; pidan á Dios

que les dé su gracia y les mate si no van bien... ¿No se atreven? Pues están juzgados.

Veamos si se atreven á otra cosa. Renovemos el sacrificio de aquellos siete hermanos que con su madre murieron mártires bajo el furor de Antíoco, ofreciendo á Dios sus vidas por su Ley y por su Patria, con lo cual el Señor se mostró propicio y el ejército de los Macabeos triunfó de todos los tiranos.

Ofrezcamos también nosotros nuestras vidas por Dios, por la Patria y por el Rey predestinado. Si pensáis que esto será morir sin gloria ante los hombres como héroes obscuros ó anónimos, pensad que así la gloria será mayor ante Dios. Haga, haga cada uno el sacrificio de su vida, diciendo:

«Señor, si mi inútil vida puede satisfacer en algo á vuestra justicia, tomadla cuando os plazca. Vuestra es; pero en cuanto habéis querido que también me pertenezca, yo os la entrego desde ahora, ofreciéndome á morir por el triunfo de la Religión, por el bien de mi Patria, por el pronto advenimiento del Rey á quien confiéis la salvación de España. Muera yo hoy mismo, Señor, si muriendo puedo contribuir á este bién común; muera yo y sálvense del mal mis conciudadanos».

Ea, amigos, pedid esto á Dios, pedidlo públicamente, si sólo por el bien común y no por los intereses de un partido personal trabajáis como decís: pedidlo y daréis una prueba elocuentísima de patriotismo y sinceridad. ¿No os atrevéis? Yo sí, yo lo he pedido ya hace tiempo, yo lo vuelvo á pedir ahora, yo renuevo á mi Dios el sacrificio de mi vida, no sin pedirle perdón de mis pecados. ¿Hay quien me siga? Declare su nombre y lo publicaré para que sirva de ejemplo.

A grandes males, grandes remedios: opongamos al positivismo brutal de la época la abnegación de los hijos de Dios; confundamos el apego á la vida con el

desprendimiento de la vida, y España se salvará; yo os aseguro que se salvará, no por las artes de la política ni de la guerra, sino por la abnegación de los que den su vida por la Causa patria.

Estos son los que en el torrente beben el agua con la mano, no de bruces; estos son los trescientos soldados del caudillo Gedeón, y bastan para vencer á Madián. Esperadlos; no tardarán en venir. ¿Quién es su Rey? Un Gedeón, el hombre de San Francisco de Paula y de mil Santos que proféticamente lo anunciaron. ¿Quién es este Gedeón, este hombre de los profetas? Dios nos lo dirá pronto. Por mi parte, repito lo siguiente:

«Si es D. Víctor, venga D. Víctor; si es D. Carlos, paso á D. Carlos».

No publicamos nuestra Revista en beneficio de partido político alguno; seguirá su camino aunque rabie el infierno, y si esto no se nos perdona, oraremos tranquilamente por los Sapricios, sin dejar de confesar nuestra fe hasta la muerte.

A decir verdad, sabemos que nos han de perdonar muy pocos, porque muchos tienen interés en que pasemos por enemigos suyos, y hasta de las profecías que publicamos se valen para afirmar que combatimos los derechos de esta ó aquella dinastía. ¿Podemos nosotros enmendar la plana á los profetas? Culpen á ellos, no á nosotros. Y pues dicen que, hablando del Gran Monarca, combatimos á este ó al otro príncipe ó rey, nosotros diremos que el Gran Monarca puede ser lo mismo un obscuro David que un D. Carlos de Borbón ó un D. Jaime. El que Dios quiera, ese será, pese á los planes y vanidades de los hombres. ¿Creen que es D. Carlos? Pues ó no tienen lógica, ó deben reconocer que, en ese caso, nosotros trabajamos por D. Carlos.

(*Luz Católica*, núm. 25=21 Marzo 1901).

Hágase la voluntad de Dios.

Este artículo es apéndice del anterior: dejo el *nos* grave por el franco *yo*, pues el *nos* me fatiga tanto como al inmortal maestro Aparisi Guijarro, y advierto que *epifanistas* es un mote que saco de Epifanes (el rey Antíoco), nombre griego que quiere decir *ilustre*. No es hora de declarar á quiénes llamo *Epifanistas* ó «ilustres»: *secretum meum mihi*... Digo solamente que á ellos se refiere esta primera parte, y que no aludo al Episcopado, ni al Carlismo, ni al Integrismo ó «Partido Católico Nacional», ni siquiera al alfonsismo. ¡Cosa rara! Bueno; pero ¿qué le vamos á hacer si es rara? Raro no es que haya epifanistas hoy como los hubo hace veintidós siglos. Léanse los libros de los Macabeos, y por los hechos de los epifanistas antiguos se vendrá en conocimiento de lo que pueden dar de sí los modernos.

Lo que han de dár de sí nos lo podrán contar en su día el Gran Papa y el Gran Rey de los Profetas. A uno y otro harán los epifanistas guerra encarnizada. Algo, pues, tendrán que padecer de esa guerra los que sigan á dichos dos personajes; algo también el que esto escribe, y tal vez mucho... Las tinieblas se espesan; del seno de la inmensa nube preñada de rayos y pedriscos, me parece ver salir un fantasma negro, negro como la muerte; compungido y devoto, devoto como Ananías y Safira; rodeado de luz blanca, blanca como las apariencias de la hipocresía; pálido de ira y henchido de ambición, con la Cruz en los pechos y el diablo en los hechos... No digamos más, no sea que lo descubramos antes de tiempo.

Por la parte que tocarme pueda en padecer la persecución del monstruo epifanista, publiqué y en el artículo precedente he repetido unas palabras que el lector habrá advertido. «*Esperad un cercano porve-*

nir, y veréis desde el seno de vuestra paz comodona á qué nuevas y grandes tribulaciones me sujeta mi amor á la Religión, á España y al Rey que España necesita».

Mi amor, no mi grandeza, que ninguna tengo sino la de éste: por ser tan pequeño espero lo que espero. El paria ha de volver á ser paria, quizá muy pronto, quizá antes mismo que llegue la acción de los epifanistas. Para algunos empinados y dirigentes católicos del día no bastan siete años de terrible penitencia por un pecado supuesto; su caridad exige más, más...

Lo tendrán: ¿para qué me he de oponer, aunque me obliguen á *desnudarme* (?), si todo esto ha de contribuir directamente á que se cumpla lo que Dios ha determinado? *Quod facis, fac citius*, dijo el Señor á Judas. Sí, daos prisa, prevenid y disponed la acción de los epifanistas...

Aprensiones de una imaginación loca, dirá acaso alguno que son estas enigmáticas predicciones: el tiempo le desengañará pronto. Lo que puedo asegurar, es que, por la misericordia de Dios, nada de eso me conmueve, antes me fortalece y confirma. Si lo digo hoy, es porque mañana me servirá de argumento, y espero que podré hacer algún fruto preguntando: ¿Lo veis?

Así pues, *si consistant adversum me castra, non timebit cor meum*. Ejércitos enteros no me harán temblar; *Luz Católica* cumplirá su misión hasta el fin sin separarse jamás, jamás, en lo más mínimo de la Iglesia Católica, Apostólica, Romana. Dios es mi ayuda; su voluntad santísima quiero cumplir en todo: ¡Hágase la voluntad de Dios!

(*Luz Católica*, núm. 25=21 Marzo 1901).

Hermandad de expiación.

Cartas á un religioso. (1)

«París 15 de Noviembre de 1898.

...Tengo el fracaso (de los planes carlistas) por seguro, no obstante los muchos elementos con que se cuenta. El triunfo ha de venir de esa derrota, y vendrá por extraordinaria acción de la Providencia.

Pero esto supone que aún hemos de andar algún tiempo agobiados los españoles por el dolor de nuestra esclavitud ignominiosa, que es lo que se trata de evitar. Nosotros podemos contribuir mucho á evitarlo, consiguiendo lo contrario de lo que yo opino y atrayendo sobre la infortunada España las bendiciones de Dios, en medio de las generales maldiciones que van á llover del cielo. Grande es el poder de la oración, y más cuando la acompaña el sacrificio. Oremos y renunciemos en manos de Dios la vida por la Patria: ¿Podríamos emplearla mejor? «Nadie tiene mayor caridad que dar la vida por sus amigos», dijo el divino Maestro.

Con este objeto tengo yo ideada hace años una hermandad. Voy á copiar unos párrafos que sobre ese tema escribí al Sr. Obispo de... el 27 de Abril último (1898), con motivo de su hermosa Pastoral, sometiéndole un proyecto de congregación. *No me contestó*.

»Agrupémonos, le decía, en santa hermandad todos los españoles creyentes á quienes Dios haya dado abnegación para sacrificar la vida por la Patria; ofrezcamos al Señor la vida en satisfacción de nuestros pecados sociales, y Dios se apiadará infaliblemente de nuestra Patria infortunada, y renacerán la gloria y la ventura de nuestros días antiguos.—Sí, el éxito es infalible; porque si el Señor dijo á Abraham que por diez justos hubiera perdonado á la ciudad pecadora; si donde dos ó tres se congregan en su Nombre, allí está Él; si el que pide recibe, y el que busca halla, y al que toca se le abre; si es imposible, según doctrina del Angélico Maestro, que la oración de muchos no sea oída por Dios, Dios aceptará complacido el singular sacrificio de una hermandad ó congrega-

(1) Militando en el carlismo y por amor al carlismo escribimos estas cartas, por lo cual pertenecen al presente capítulo. Más de un carlista las elogió entonces. Por lo demás, la idea de ellas es ya un hecho en la *Milicia de la Cruz*.

ción fundada para ofrecer la vida por la Patria.—El menor de los siete hermanos martirizados por Antíoco Epifanes dijo al tirano: «*Si el Señor nuestro Dios se ha irritado por un breve tiempo contra nosotros, á fin de corregirnos y enmendarnos, Él volverá á reconciliarse con sus siervos*... YO HAGO COMO MIS HERMANOS EL SACRIFICIO DE MI VIDA *en defensa de las leyes de mis padres, rogando á Dios que cuanto antes se muestre propicio á nuestra Nación. La ira del Todopoderoso, que justamente descarga sobre ella, tendrá fin con mi muerte y la de mis hermanos*». Y en efecto, luego que aquellos siete santos hermanos murieron por su arruinada Patria, el reducido ejército de los Macabeos aumentó, triunfó, dominó, se cubrió de gloria con sus azañas inauditas, inexplicables sin una directa y eficaz intervención del cielo, aplacado con la muerte de los siete hermanos; y el pueblo de los Macabeos fué temido y respetado, y su alianza solicitada por griegos y romanos y egipcios y persas; y su prosperidad moral y económica sobrepujó á la de todos aquellos pueblos.—Pues si tanto pudo con las divinas misericordias la abnegación de los siete hermanos, ¿qué no podrá la de setecientos, siete mil, setecientos mil tal vez? Sólo los conventos de religiosas pueden dar un gran contingente, tanto más agradable á Dios cuanto suelen ser más puras las almas que en ellos le sirven. ¿En quién pondré yo mis ojos,—pregunta por Isaías el Omnipotente,—*sino en el pobrecito y contrito de corazón*? Una monjita acepta á Dios, en este caso, vale un ejército. *No depende del número de guerreros la victoria*, decía el Macabeo; *la victoria viene del cielo*».

Esto decía al Sr. Obispo, declarando que no lo decía por él, que lo sabe mejor que yo, sino por si acaso creía bueno mi proyecto, el cual luego le exponía y sometía á su aprobación. A la de V. lo someto ahora, mi querido Padre, siquiera no le indique más que la idea. Si le parece que no es una de mis bobeces, tenga la amabilidad de contestarme sin pérdida de correo, para que yo pueda redactar un reglamentito y enviarlo, con nueva aprobación de V., á los varios que secundarán mi idea en privado (la secundaron muchos) hasta que reciba aprobación canónica. V. mismo será uno de ellos (lo fué) y hará que lo sean otros. Y luégo podríamos ensanchar el plan... y ganar grandes batallas desde la celda».

»París 7 de Diciembre de 1898.

No he tenido tiempo para madurar mi plan; pero desde que lo pensé, ví que eran menester otras cosas además de la renuncia de la vida, y así se lo dije al Sr. Obispo. Yo creo que debe imponerse una comunión mensual; una parte de Rosario diaria, con una oración que haré para el caso; un ayuno semanal, y en su defecto oir una misa ó dar una limosna, etc.;

privarse de asistir á bailes y teatros; aplicar por los fines de la hermandad todas las buenas obras de intención libre. Esto es lo principal, y quizá deba ser lo único, pues no conviene imponer obligaciones que retraen ó que se cumplen mal. Empero, si V. cree que debe añadirse algo más, dígamelo, y lo mismo si no encuentra bien algo de lo que le manifiesto.

La renuncia podría no ser para todo el tiempo de la vida, sino para mientras la Patria sufra contratiempos no ordinarios y la Religión no esté bien implantada en ella. Por la aprobación canónica no nos preocupemos ahora. Su día vendrá, y entonces podrá intentarse, si duran la hermandad y su objeto».

(*Luz Católica*, núm. 25=21 Marzo 1901).

Los Epifanistas.

Empiezan á salir. Surge ya aquel fantasma negro como la muerte y compungido y devoto, rodeado de luz blanca y pálido de ira. Otra cosa llegó antes: el paria vuelve á ser paria... etc.; pero no es esto lo que ahora nos importa, sino lo del fantasma aquel maldito de Dios.

Compungido y devoto; ¡vaya que sí! tan devoto, por lo menos, y tan compungido y excelente católico y fiel á Dios y encendido de celo como los itacianos y jansenistas. Y pálido de ira... como ellos.

El monstruo epifanista tiene sacerdotes, acaso Pontífices, como Simón, Jasón, Alcimo y Menelao; políticos y militares como Lisias y Nicanor; príncipes como el mismo Epifanes... Y todos son muy devotos del Templo, todos alaban mucho al Dios de Israel... cuando les conviene.

¿Para qué hemos de examinar los miembros de ese monstruo, si todos siguen á la cabeza, y la cabeza es tan fácil de estudiar? Epifanes fué acabadísimo modelo de estos devotos piadosísimos. ¿Leisteis el capítulo IX del segundo libro de los Macabeos? Pues ya sabéis lo que dice. ¿No lo leisteis? Pues escuchad, escuchad.

«Hervía de gusanos el cuerpo de este impío, y aun viviendo se le caían á pedazos las carnes... Derribado, pues, de este modo de su extremada soberbia, comenzó á entrar en conocimiento de sí mismo, estimulado del azote de Dios. Y como ni él mismo pudiese ya sufrir su hedor, dijo así: *Justo es que el hombre se sujete á Dios, y que un mortal no pretenda apostárselas con Dios. Mas este malvado* ROGABA AL SEÑOR, DEL CUAL NO HABIA DE ALCANZAR MISERICORDIA.

«Y siendo así que antes se apresuraba á ir á Jerusalén para arrasarla y hacer de ella un cementerio de cadáveres amontonados, ahora deseaba hacerla libre... Ofrecía también adornar con preciosos dones aquel Templo santo que antes había despojado, y aumentar el número de los vasos sagrados, y costear de sus rentas los gastos necesarios para los sacrificios; y además de esto, hacerse él judío é ir por todo el mundo ensalzando el poder de Dios...

«En fin, herido mortalmente por Dios este homicida y blasfemo, del mismo modo que él había tratado á otros acabó su vida en los montes».

Ya lo veis; hay quien alaba á Dios y promete ir por todo el mundo ensalzándole, y el Espíritu Santo sentencia que «este malvado ruega al Señor, del cual no ha de alcanzar misericordia».

(*Luz Católica*, núm. 36=6 Junio 1901).

Dos profetas.

PROFETA VERDADERO.—El *Liber Mirabilis*, que es una antigua colección de profecías, fué impreso por primera vez en 1524, y de aquella edición hemos visto algunos ejemplares en las bibliotecas públicas de París. Tenemos á la vista la edición francesa de 1831, de la cual tomaremos lo que va en este artículo. La segunda parte de dicha obra parece seguir un orden cronológico de que carecen las demás colecciones. Llega gradualmente á los tiempos actuales, después de anunciar muchos acontecimientos que se han verificado, y presenta dos profetas, uno verdadero y otro falso. El verdadero parece el mismo hombre anunciado por San Francisco de Paula. A decir ver-

dad, presenta dos profetas buenos y dos malos; pero creemos que pueden reducirse á uno malo y uno bueno. He aquí lo principal acerca del bueno; los comentarios quedan á cargo de los lectores:

«Habrá en aquel tiempo multitud de sectas, y habrá también un hombre sabio y muy elocuente, que exhortará al pueblo y le convencerá, cautivando por sus obras los ánimos del pueblo, corroborando sus buenas disposiciones, combatiendo las malas y anunciándole los males que le amenazan: tal será su misión.

»El pueblo va siempre á los extremos, así en sus afectos como en sus odios: basta la más pequeña chispa para reavivar la llama del fuego latente. Por esto dicho profeta debe aprovechar la influencia ejercida en la nación indicada, alimentando el fuego que le anima é inclinando su espíritu á las alianzas ó á las guerras, á la paz ó á la insurrección. Este hombre, por sus discursos y sus maravillosos pronósticos, dirigirá este pueblo, infundiéndole temor y esperanza.

»Pero habrá entonces muchas sectas en el mundo, y profetas novadores se juzgarán dioses. En el tiempo de estos profetas, serán abrogadas las leyes antiguas y reemplazadas por reglamentos nuevos (podríamos aquí aplicar... lo dejamos al lector). Los doctos juristas se depravan; la felicidad se pierde en muchos reinos; monedas falsas circulan por todas partes; el pueblo es víctima de las exacciones; la nación cristiana vive en el mayor desorden; hay rebeliones contra los grandes.

»El profeta, notable intérprete de la Sagrada Escritura, profiriendo con cierta autoridad respuestas inspiradas por Dios, someterá con su elocuencia las almas. En cuanto profeta, ¿será de segunda clase, como son los que solamente modifican la ley ó introducen nuevas ceremonias, fruto de sus estudios? Sus sentencias son acogidas por los hombres como emanadas del cielo en cierto modo; y aunque puede haber profetas tan falsos como Mahoma, los otros son sinceros, como San Francisco y Santo Domingo. Sólo lo porvenir descubrirá en qué categoría deberá ser colocado este profeta... Yo creo haber dicho lo que se ha menester para fijar la época de su nacimiento».

PROFETA FALSO.—Las profecías convienen rara vez á un solo sujeto, tomadas por partes, aunque en su conjunto convienen solamente á la persona ó acontecimiento á que se refieren. Vea el lector á quién

podrá aplicarse lo siguiente, advirtiendo que la palabra *profeta* equivale á *doctor, predicador, escritor*, etc.:

«Nacerá un profeta en un clima templado, en donde el aire, de un color y frescura moderados, es muy saludable. Dejando este profeta su patria, hará prodigios en los países sometidos al León. Nacerá en el curso del año (siglo) XIX. El tiempo de su predicación será de diez y nueve años... y fundará una nueva religión.

»Será disforme en su cuerpo este profeta, y arrastrará con pena su cuerpo débil y afeminado. Tendrá bastante ingenio y poseerá una multitud de ciencias y artes. Hablará generalmente un lenguaje hipócrita y embustero. Su conciencia no tendrá remordimientos, y esparcirá su ponzoña como el escorpión, cuya cola contiene un virus venenoso. Por fin, será causa de mucha efusión de sangre.

»Sus prodigios ó habilidades engañarán á muchos fieles, los cuales creerán reconocer en él la señal y el carácter de una misión divina. En efecto; este es uno de aquellos que Cristo anunció al mundo, y contra los cuales previno á los fieles, diciendo: «Si alguno os dice: *he aquí el Cristo,* no le creáis, porque habrá entonces muchos falsos Cristos y pseudoprofetas que obrarán tales maravillas, que hasta los escogidos serían engañados si fuera posible».

»Santo en apariencia, timorato y severo acerca de la santidad de la vida cristiana, tendrá este falso profeta fuertemente arraigado en el corazón el espíritu maligno que le conducirá, bajo capa de hipocresía, á los pies mismos del Soberano Pontífice (para prometerle una sumisión que no ha de practicar). Con sus falsas exterioridades de piedad, engañará á varios prelados y príncipes, arrastrándoles á un grave error... Si la Iglesia debe ser renovada, es necesario que antes, á causa de su disolución y de sus imperfecciones, pase por la dura prueba de este profeta».

Nada queremos añadir; aplique el lector, comparando lo dicho con lo que hoy acontece.

(*Luz Católica*, núm. 22=28 Febrero 1901).

Dos príncipes.

Los que *á priori*, sin conocimiento de causa, decláranse contra nosotros, proceden como los fariseos que enviaron alguaciles para prender á Jesús. Volvie-

ron éstos medio convertidos, diciendo: «Jamás hombre alguno habló como este hombre»; pero los empedernidos fariseos les preguntaron; «¿Qué, también vosotros habéis sido embaucados? ¿Acaso alguno de los príncipes ó fariseos ha creído en él? Sólo ese populacho, que no entiende la ley, es el maldito».

Sí, querido anónimo de *El Correo Español*, sólo este populacho españolista es el maldito, sólo el que saca á relucir profecías es el embaucador, es el que hace tanto mal... «¿Acaso alguno de los príncipes ó fariseos ha creído en él?» No; lo que dicen ellos es que este embaucador forja las profecías, las inventa á su gusto, y que no hay tales profetas, ni tales profecías, ni tales carneros. Esto no lo ha dicho el anónimo; pero no es mucho que lo piense, cuando tantos amigos suyos lo piensan, lo dicen, y cuando él mismo habla de «partidos artificiales de católicos».

Pues para él y ellos, y como contestando de paso á varias preguntas de españolistas, aquí va una especie de paralelo profético acerca de dos príncipes. Cuando más adelante lo demos completo, diré de quién es; por ahora digo solamente que es una verdadera profecía, parte de la cual convino á los Napoleones, y toda entera no conviene más que á dos príncipes contemporáneos. Es más para meditada que para leída: he aquí lo principal.

«Bestia cruel y sanguinaria, que has devorado á tu *hijo* (creemos que la palabra hijo es metafórica: hijo por las obras...) dejándolo sin defensa y sin causa, tú eres la única que de este modo has derramado la sangre inocente. No hallarás otro que antes de tí haya hecho semejante cosa. Por eso el pseudo-profeta (nótese bien), así que aparezca, *seducirá á muchos;* pero tú habrás merecido tus males, tú que ofuscas las estrellas y cuya malignidad es tu vergüenza, porque nada tienes de gracioso más que tu nombre.

»Vendrá al mundo un hombre que hará cosas singulares y derramará la luz á su beneplácito, así sobre las estrellas como sobre las sombras. No derribará el edificio que había levantado la bestia cruel; pero el Cordero quedará herido.

»Arbol inútil é infecundo, ¿piensas que harás grandes cosas

con un alma y un cuerpo tan débiles? Tú no podrás realizar lo que meditas, porque ya no puedes vivir mucho. Te dormirás y ya no te despertarás en la tribulación. Corta será tu vida.

—»El Cielo te llama, príncipe débil y enfermo. ¿Por qué gimes? Levántate y cobra fuerzas; inmola á Nerón y quedarás tranquilo; cura los heridos; armado del látigo, aplasta las moscas y arroja del templo á los vendedores; adopta una doctrina esclarecida, anuncia lo justo, evita los circuncisos, dirige la paloma, y contén el ardor de los que tienen sed.

—»El oro se ha oscurecido, su hermoso color ha cambiado. La herrumbre te consumirá: si el principio fué suave, el fin será rudo. (Con esto llegan el cisma, la guerra, el Gran Monarca, el espanto de los impíos, y luego la paz. Continúa el profeta).

—»¡Ay! ¡ay dos veces! Huyamos de la presencia del Fuerte de los fuertes. (Gran Monarca con los Crucíferos), porque viene para hacernos expiar nuestros crímenes con el suplicio de la cruz. ¿Qué se han hecho las estrellas? Corramos sin mirar atrás: el aquilón pone en fuga ante sí todos los males».

»¡Señor, yo te conjuro, envía pronto á quien debes enviar!» (*Liber Mirabilis*, pág. 163 y sig.; edición francesa de 1831).

(*Luz Católica*, núm. 26=28 Marzo 1901).

Al citar en el núm. 26 de *Luz Católica* esta profecía del *Liber Mirabilis*, aun creíamos que el *hijo* á quien se refiere no lo era según la sangre, por más que teníamos datos abundantes para juzgar de otra manera. En el núm. 63 ya hablamos de hijos legítimos ó adoptivos; y hoy declaramos entender por adoptivo, en el caso á que se refiere la profecía, no sólo el adoptado, sino el que adopta por padre á uno, ó le da por algún concepto justo el título de padre suyo, con aceptación por parte de éste, ó se conduce con el mismo padre como un hijo amante y leal, etc. De modo que puede referirse y de hecho se refiere, así á un hijo carnal como á un adoptivo la indicada profecía.

Muchos hay que no saben explicarse profecías tan claras como la precedente, ni las comprenden cuando se las explican. No es de maravillar, pues tampoco

aciertan á comprender lo que dijo el Apóstol y nosotros hemos repetido tantas veces: que *Dios escoge lo flaco del mundo para confundir lo fuerte ó soberbio.*

Nos decía un «sabio» no ha mucho: «¿Derribar un niño una montaña de un puntapié? ¡Vamos!... *Magna magnis,* señor mío, *magna magnis*». Y estas dos *magnas* palabras, por las señas, son hijas de su *magna* inventiva, pues trátase de uno de esos sabihondos fecundísimos, capaces de atribuír al primer capítulo de la Biblia estas palabras *textuales:* «Dijo Dios: hágase el carlismo oficial; y el carlismo oficial fué hecho».

A este «sabio» rebozado de latines y á todos cuantos saben tanto como él, tan fácil es confundirlos como presentarles cualquier periódico del día, porque entre las noticias más palpitantes verán confirmadas de mil maneras la infalible sentencia de San Pablo.

Flacos eran los insurrectos de Cuba y de Filipinas contra el imperio colonial de España, y la justicia de Dios los escogió para que hundieran nuestro imperio; flacos los tagalos contra el soberbio poder de los yankis, y los están zarandeando que es un gusto; flacos los boers contra la «omnipotente» Inglaterra, y la estuvieron arruinando mucho tiempo; flacos los macedonios contra el formidable poder del Sultán, y lo están poniendo en apurado trance. *Et sic de coeteris.*

Y así fué siempre y así será siempre; «pasarán los cielos y la tierra; pero la palabra de Dios no pasará».

(*Luz Católica*, núm. 80=17 Abril 1902).

~~~~~~~~
~~~~~~~~

CAPÍTULO IX

RACIONALIDAD DE LA CUESTIÓN

SEGÚN LA VOCACIÓN DE ESPAÑA

CAPÍTULO IX

RACIONALIDAD DE LA CUESTIÓN

SEGÚN LA VOCACIÓN DE ESPAÑA

I

El pueblo de los profetas.

Nabucodonosor en España.

El pueblo de quien más grandes cosas anunciaron los Profetas bíblicos es España, sin género alguno de duda, después del pueblo hebreo, cuyo sucesor y heredero es el nuestro, según prueban los artículos del Maestro Salazar que publicamos en *La Vocación de España.*

Para los que no poseen dicho libro ponemos este capítulo, en el que son muy de recordar *Los destinos de España y el Gran Monarca,* puesto arriba en el capítulo VIII, así como los varios lugares en que se prueba ser España la llave de los destinos del mundo.

El celebérrimo Padre jesuíta Antonio de Vieyra consagraba á las profecías bíblicas que nos atañen un larguísimo y eruditísimo capítulo en su *Prólogo á la Historia de lo futuro.* ¡Lástima que no hubiera llegado á escribir la historia misma! No siéndonos posible

copiarlo por entero, nos ceñiremos á lo que escribe sobre la profecía de Abdías, que es lo siguiente:

«El Profeta Abdías, en un capítulo sólo que escribió, también habló de las conquistas de España (1): *Y los hijos de Jerusalén que fueron conducidos cautivos al Bósforo, poseerán las ciudades del Mediodía.* (ABD. 20).

La palabra hebrea *Sepharad*, de la que San Jerónimo *(hic, apud Alapide)* vertió Bósforo, significa término, límite y fin. Esta misma palaba *Sepharad* es nombre con que los hebreos llaman á España; porque en ella está el estrecho que divide á Europa de Africa, y España era el término, límite y fin qne los antiguos conocían en el mundo, como testifican de una y otra parte las columnas de Hércules, y de otra el cabo de *Finisterrae.*

«Toda la explicación es común y cierta entre los autores más peritos de la lengua hebraica, Vatablo, Pagnino, Brugense, Arias, Lizano, Isidoro, Clario y los demás. *(Aláp. hic.)*

Dice ahora el Profeta Abdías, que la transmigración de Jerusalén, que pasó á España, vendría tiempo en que poseyese las ciudades del Austro (que son Africa y América).

«Pero sobre la transmigración de Jerusalén, de que Abdías habla, hay dos opiniones entre los autores. Arias Montano, Fray Luis de León, Malvenda y otros, tienen para sí que habla de la transmigración de Nabucodonosor; el cual habiendo conquistado á Jerusalén y pasado sus habitadores á Babilonia, de allí mandó parte de ellos á España, por ser parte de esta provincia conquista suya, como refieren Josefo (*Lib. 2 Antiq. c. 2)*, Estrabón y otros graves autores; y que vino el mismo Nabuco en persona á hacer esta guerra.

«De estos hebreos, ó desterrados ó traídos por Nabuco, quedaron muchos en España, por la cual fortuna, como notó San Agustín en la muerte de los Infantes de Belén, no tuvieron parte en la de Cristo, y conservaron su antigua nobleza; y de ellos, como escriben muchas historias de España, fueron fundación la insigne ciudad de Toledo, Maqueda, Escalona y otras. Así, quieren también que de Nabuco traiga su apellido la ilustre familia de los Osorios.

«De esta transmigración, pues, dicen Montano y los

---

(1) «De Portugal» dice aquí el autor, como buen portugués; pero él mismo reconoce en cien lugares que el pueblo de las profecías es España, de suerte que cuando las aplica á Portugal, es considerándolo como parte de la península española; y en estos mismos párrafos se verá que no puede negar á España lo que de derecho divino le pertenece.

demás arriba alegados, se ha de entender el texto de Abdías; y como el Profeta, propia y literalmente, en este lugar hablaba del mismo cautiverio de Babilonia, es consecuencia muy ajustada que de la profecía del destierro pasó, para consuelo de los mismos desterrados, á una felicidad tan extraña que de ellos había de tener principio, cual es la que luégo diremos.

«Nicolao de Lira, Vatablo, Foverdencio y otros, entienden por esta transmigración de Jerusalén la que hizo Cristo, mandando de aquella ciudad y esparciendo por el mundo sus Apóstoles, entre los cuales cupo España á Santiago; y él, por medio de sus Discípulos, la convirtió toda á la Fe, y desterró de ella la gentilidad.

«En hebreo, dice Lira, en lugar de Bósforo se lee *Sapha-«rad,* esto es, España; en donde según el rabino Salomón, se «cumplió el texto por Santiago Apóstol y sus Discípulos, y «en donde primeramente predicaron la Fe de Cristo y subyu-«garon la cerviz de los gentiles.

«Y cumplida en Santiago la transmigración de Jerusalén, que es la primera parte de la profecía, en sus Discípulos, que son los que en España recibieron y conservaron siempre la Fe que él les había predicado, se cumplió la segunda parte de ella, siendo éstos los que después de tantos siglos vinieron á dominar y poseer las regiones del Austro.

«Así lo entienden también, siguiendo esta segunda exposición, Cornelio, Josef de Costa, Antonio Caraciolo y otros: de manera que todos estos autores concuerdan en que la profecía de la conquista de las regiones del Austro, se entiende de España; y discordan sólo en la inteligencia de la transmigración de Jerusalén, entendiendo unos que es la de Nabuco, por los judíos pasados á España, y otros que es la de Cristo, por los Apóstoles cuando vinieron á predicar á ella».

Hasta aquí el P. Vieyra; pero nos parece que la profecía no está bien interpretada, como sucede con tantas otras. El verso donde el Profeta habla de la transmigración venida á España, es el penúltimo. Antes de él hay veinte, todos relacionados con el desenlace que señala el mismo verso, y ninguno parece haberse cumplido enteramente. Es más; ni siquiera este mismo verso se ha cumplido sino en parte.

Luego si se refiere á España, en lo cual no hay duda, es profecía de lo futuro tanto como de lo pasado: llegará un día en que el verso tendrá entero cumplimiento, y será cuando triunfe el Gran Mo-

narca por tantos profetas anunciado, y descendiente quizá de los judíos españoles convertidos pronto á la Fe, y que ninguna parte tuvieron en la muerte de Cristo, para que de este modo se explique por qué algunos profetas le llaman hijo de David.

Lo cierto es que al sobredicho verso sigue otro con que termina la profecía, y es un compendio de todas cuantas profecías hemos publicado sobre la regeneración general por España. Dice así:

«Y subirán salvadores al monte de Sión (ya hemos probado que es la España tradicional), los cuales juzgarán al país de Esaú, Y REINARÁ EL SEÑOR».

(*Luz Católica*, núm. 89=19 Junio 1902).

Presente y futuro de España.

«¿Por ventura ha desechado Dios á su pueblo? No por cierto... No ha desechado Dios al pueblo suyo, al cual conoció con su presciencia. ¿No sabéis vosotros lo que de Elías refiere la Escritura, ó de qué manera se quejó á Dios contra Israel? «¡Oh Señor!, dijo; mataron á tus Profetas, demolieron tus altares, he quedado yo solo, y aún atentan á mi vida». Mas ¿qué le respondió el divino Oráculo? *Héme reservado siete mil hombres que no doblaron su rodilla ante el ídolo de Baal.*

«Pues de la misma suerte se han salvado en este tiempo algunos que fueron reservados por Dios según la elección de su gracia. Y si lo fueron por gracia de Dios, claro está que no lo fueron por las obras de ellos; de otra suerte la gracia no sería tal.

«Por esta razón Israel no halló lo que sin fe buscaba; mas lo hallaron los escogidos por Dios, quedando ciegos todos los demás, según está escrito: *Dios los ha castigado, dándoles hasta hoy un espíritu de estupidez ó contumacia, y ojos para que no vean, y oídos para que no oigan.*

«David dice también: «Venga á ser para ellos su »mesa un lazo donde queden cogidos y una piedra de »escándalo, en justo castigo suyo. Obscurézcanse de »tal manera sus ojos, que no vean, y encórvese su »espalda cada vez más hacia la tierra».

»Si pecando han fomentado la riqueza del mundo, y desmereciendo ellos han prosperado las naciones, ¿cuánto más sucederá esto con su plenitud ó restauración futura?

«Con vosotros hablo, ¡oh gentiles! Ya que soy el Apóstol de las Gentes, he de honrar mi ministerio.» —*(Epístola de San Pablo á los Romanos, cap. XI).*

«Contó Acab á Jezabel cuanto había hecho Elías y cómo había pasado á cuchillo todos los profetas de Baal, sin dejar uno, y envió Jezabel á decir á Elías: Trátenme los dioses con todo rigor, si mañana á estas horas no te hubiese dado yo el mismo fin que tú diste á cada uno de aquellos profetas».

«Elías, oído esto, se atemorizó y se fué huyendo por donde le llevaba su imaginación. Al llegar á Bersabée de Judá, dejó allí su criado, y prosiguió una jornada su camino por el desierto; y estando en éste y habiéndose sentado á descansar á la sombra de un enebro, pidió morirse, diciendo: «Bástame ya, Señor; llévate mi alma, pues no soy yo de mejor condición que mis padres».

«Y tendiéndose en el suelo, quedóse dormido á la sombra del enebro, cuando he aquí que el Angel del Señor le tocó y dijo: «Levántate y come». Miró entonces, y vió á su cabecera un pan cocido al rescoldo y un vaso de agua. Comió, pues, y bebió y se volvió á dormir; mas el Angel del Señor le tocó por segunda vez y le dijo: «Levántate y come, porque aun te queda largo camino que andar».

«Levantóse Elías, comió y bebió, y confortado con aquella comida, caminó cuarenta días y cuarenta noches, hasta llegar á Horeb, montaña de Dios. Lle-

gado allá, hizo asiento en una cueva; y dirigiéndole el Señor la palabra, le preguntó: «¿Qué haces ahí, Elías?» A lo que respondió él: «Me abraso de celo »por tí, oh Señor Dios de los Ejércitos, porque los »hijos de Israel han abandonado tu alianza, han des- »truido tus altares, han pasado á cuchillo tus profetas: »he quedado yo solo, y me buscan para quitarme la »vida».

«Díjole el Señor: «Sal fuera, y ponte sobre el »monte en presencia del Señor, y he aquí que pasará »el Señor, y delante de él correrá un viento fuerte é »impetuoso, capaz de trastornar los montes y quebran- »tar las peñas: no está el Señor en el viento. Después »del viento vendrá un terremoto; tampoco está el Se- »ñor en el terremoto. Tras el terremoto un fuego; »no está el Señor en el fuego. Y tras el fuego *el soplo »de un aura apacible y suave»*. (En esta aura de paz estaba el Señor).

«Habiendo oído esto Elías, cubrió su rostro con el manto, y saliendo fuera, paróse á la puerta de la cueva, y de repente oye una voz que le dice: «¿Qué »haces aquí, Elías?» «Abrasarme de celo, respondió él, »por el Señor Dios de los Ejércitos, porque los hijos »de Israel han abandonado tu alianza, han derribado »tus altares y pasado á cuchillo tus profetas; he que- »dado solamente yo, y me buscan para quitarme la »vida».

«Díjole el Señor: «Anda y vuélvete por el mismo »camino del desierto hacia Damasco, y llegado allá, »ungirás á Hazael por rey de Siria; y á Jehú, hijo de »Namsi, le ungirás rey de Israel; y ungirás también á »Eliseo, hijo de Safat, natural de Abelmeula, por pro- »feta sucesor tuyo. Y sucederá que el que escapare de »la espada de Hazael, será muerto por Jehú; y al que »se librare de la espada de Jehú, le hará morir Eliseo. »Mas *Yo me reservaré en Israel siete mil varones que »nunca doblaron su rodilla ante Baal, ninguno de los*

»*cuales ha besado su propia mano en señal de adorarle».*
—*(Libro III de los Reyes, cap. XIX).*

QUI POTEST CAPERE, CAPIAT.

(*Luz Católica*, núm. 24=14 Marzo 1901).

Visión apocalíptica.

¡Admirable y terrible visión la del capítulo XII del Apocalipsis! En pocas palabras describe el Vidente la guerra implacable del dragón infernal con la Mujer, la Esposa del Cordero, la Iglesia de Cristo, guerra que con la primera venida del Dios-Hombre empezó y sólo con la segunda acabará, que así conviene para castigo de los réprobos y merecimiento de los escogidos.

Admirable y terrible visión la de ver al dragón arrastrando con su enorme cola la tercera parte de las estrellas de la Iglesia; poniéndose frente á la Mujer para devorar á su Hijo Varón en el acto mismo del alumbramiento, porque este Hijo Varón ha de regir el mundo con cetro de hierro para acabar con los malos; librando una tremenda batalla con San Miguel y sus Angeles, ó con el Papa, el Clero fiel y los católicos de acción; cayendo vencido para sacar fuerzas de su derrota y perseguir con nueva saña á la Mujer; arrojando de su boca un río de persecuciones para anegarla; persiguiendo luégo con saña infernal á todo el linaje de ella; yéndose después á la arena para recibir á la gran bestia que sube del mar y darle todo su poder...

Admirable y terrible visión que parece escrita expresamente para nuestros tiempos, porque en ellos más que en otro alguno se verifica.

Apenas hoy se puede hablar de estas cosas: entre los mismos católicos prácticos abundan los que menosprecian toda profecía, y hasta el Apocalipsis parecen tomar á beneficio de inventario, no reparando, los infelices, en que de esta suerte vienen á ser víctimas

desgraciadas en la lucha horrible del dragón con la Iglesia.

Por ellos no me atreveré á exponer aquí una opinión acerca de la admirable Mujer apocalíptica, que no sólo representa la Virgen Inmaculada y la Iglesia de Cristo; no sólo parece tener un sentido literal-metafórico, alegórico, místico, moral ó anagógico, según se la considere, sino también un sentido literal histórico ó propio que hasta hoy no ha sido descubierto. ¡Se reirían de mí esos creyentes incrédulos, si yo tratara de explicarlo! ¡Valgo tan poco y soy tan pequeño para cosa tan grande!...

Así es; pero si ellos olvidan la confesión del divino Maestro, yo no: «Confiésote, Padre mío, Señor de Cielos y tierra, porque á los sabios y prudentes escondiste estas cosas y las revelaste á los pequeños; porque ese, ¡oh Padre!, fué tu beneplácito».

¡Patria mía, Patria mía! ¡Cuán grande fuiste, cuán pequeña eres, cuán grande y santa serás!

De los humildes, de los pobres, de los pequeños es el imperio universal que nace con los albores del nuevo siglo, tras el siniestro fulgor de una guerra general que ha de anegar en sangre á los soberbios y á los poderosos confiados en sus máquinas de guerra. «Maldito el hombre que confía en el hombre y pone en la carne el brazo de su poder», dice la Palabra de Dios: «aniquilados fueron, confiando en su virtud».

No soy profeta, lectores amables; pero os aseguro que se cumplirá lo que anuncio, y no tardará.

Preludio de esta mudanza de la diestra del Altísimo es la guerra apocalíptica que, repitámoslo, hoy más que nunca hace el dragón infernal á los pequeños de Dios. Ha logrado arrastrar ya con su cola, esto es, con la hpocresía y la traición, ó lo que es igual, con el liberalismo, la tercera parte de las estrellas de la Iglesia, y ahora se ha puesto en presencia de la Mujer que

va á dar á luz un Hijo Varón, para arrebatárselo y devorarlo así que nazca.

Este Hijo Varón es un gran Monarca que se levantará del polvo, y es el invencible ejército de los pequeños, que por él lucharán á la sombra de la Cruz. De este Hijo Varón nos ha dicho San Francisco de Paula cosas magníficas, acorde con mil profetas más, y al mismo Hijo Varón y á su tiempo y su guerra alude aquella venerable profecía que, si no es de San Vicente Ferrer, merece serlo; profecía cumplida en una parte y cumpliéndose actualmente en otra, como que describe el presente estado social, político y económico de la heroica Cataluña. Repitamos algo de ella.

Cuando este estado llegue, «los días no distarán,—dice la profecía,—estarán ya á las puertas. VERÉIS UNA SEÑAL Y NO LA CONOCERÉIS; pero advertid que en aquel tiempo *las mujeres vestirán como los hombres* (alude en primer lugar á las mujeres biciclistas) y vivirán según su gusto y licenciosamente; los hombres se adornarán vilmente como las mujeres (estas señales son diferentes de aquella que al principio no se ha de conocer). Llorarán los grandes; *los pequeños se levantarán hasta perderse de vista:* en ellos estará la fuente de la gracia y la influencia del cielo. Su Príncipe *demostrará el esplendor de su fe.* Esto causará mucho ruído y mucha admiración á todos; pero no os admiréis demasiado, que sólo se debe á Dios. La justicia estará por este Príncipe, y su Causa, defendida con humildad y pobreza, correrá á cuenta de Dios».

El mismo profeta anuncia que este Príncipe vencerá al dragón y le quitará las entrañas. En otra parte hemos puesto también lo que se refiere á Cataluña.

Una fase de la múltiple guerra que hoy está haciendo el dragón infernal á los fieles de Cristo es la de vulgarizar lo sobrenatural por medios naturales, hasta hacerlo ridículo y despreciable; es tener muchos «profetas» que inspirados por él acierten en algunas cosas futuras, deshonrando con su vida y doctrinas la verdadera profecía. Siempre derrotado y siempre contumaz y furibundo, recomienza el ataque por un lado

así que lo pierde por otro, se viste de luz cuando no le valen las tinieblas, preséntase amable cuando es burlada su saña, y con tan pérfidas artes causa destrozos inmensos en la Cristiandad, aventando, por divina disposición, la paja, para que quede puro el trigo de los escogidos.

(*Luz Católica*, núm. 12=20 Diciembre 1900).
